

# «Velázquez era un gran psicólogo, como Leonardo Da Vinci»

► El historiador Francisco Singul se mete en la piel del pintor para publicar sus «memorias»

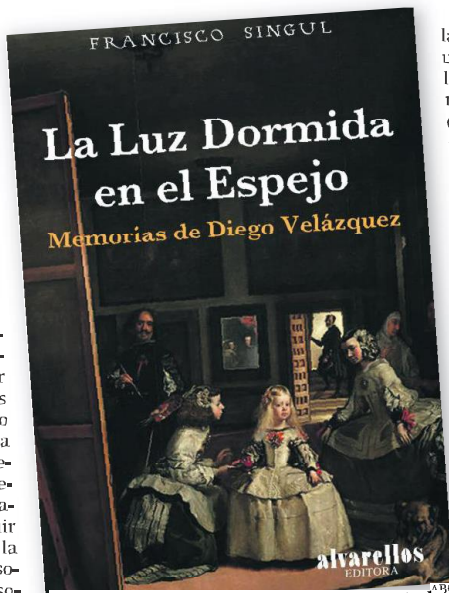
JESÚS ÁLVAREZ  
 SEVILLA

El historiador y comisario de exposiciones gallego Francisco Singul ha realizado un singular ejercicio de imaginación para hacer «hablar» a Velázquez, tres siglos y medio después de su muerte. Lo hace, en primera persona, en «La luz dormida en el espejo» (Alvarellos Editora), una especie de «memorias» del genial artista sevillano en las que trata de reconstruir el relato de su vida, a partir de la amplísima bibliografía existente sobre el autor de «Las meninas» y sobre la época en la que le tocó vivir.

Singul aborda en este libro, que se presentará en Sevilla el próximo jueves, todas las facetas de la vida y obra del pintor: desde su vida en su ciudad natal («Ésa era la Sevilla de mi juventud, un mundo rutilante, vanidoso y lleno de piedad a un tiempo, empachado en el exceso portuario del llevar y el traer...»), al proceso de creación de «Las meninas» («Estoy modelando a los personajes, perturbándolos incluso, reteniendo mi mano antes de dar en el lienzo finas capas de pintura desdeña que aprendí de los venecianos y de mi señor Rubens»), o el fin de su romance en Roma con Marta Montanini («Abracé a Marta, lloramos juntos y me fui a Módena; y de allí a Génova, donde a fines de mayo tomé el barco rumbo a Barcelona»).

Singul ofrece en su libro la imagen de un Velázquez intelectual, muy alejado de la concepción de los artistas manuales que primaba en el siglo XVII; un Velázquez culto y formado que llega a hacer de psicólogo de los personajes a los que retrata («al igual que Leonardo Da Vinci») y que defiende la pintura como una aproximación a la realidad desde la mirada interior. Singul le hace decir esto al pintor: «Lo humano y su verdad es lo que más me importa en mi pintura; pero pintura, al fin, no copia de lo real, pues gusto más de pintar lo que veo, a veces con la mirada interior; no lo que es, lo que en realidad existe».

Singul reconoce la fascinación que siente por el artista sevillano, «el mejor pintor de la historia» y dice de él, basándose en los documentos de la época y en los libros que ha encontrado sobre su figura, que era «una persona de un espíritu muy delicado, re-



Francisco Singul dedica un capítulo a la Sevilla en la que nació el genial artista

lacio familiar del Papado. «Es un retrato impresionante, de los mejores que hizo, e imaginó la expresión del Papa, cuando lo vio y le dijo “troppo vero” (“demasiado real”), sin poder negar su calidad. Velázquez se negó a cobrar nada por el cuadro porque dijo al Papa que él era “el pintor del Rey”. Inocencio X le regaló entonces una cadena de oro», comenta a ABC.

Singul enseña en su libro la biblioteca de Velázquez, llena de libros de ciencia, arquitectura y perspectiva, no de religión. «Sus libros eran del mismo tipo que los que tenía el Greco, un pintor al que admiró. Tenía una biblioteca muy parecida a la suya», dice.

Respecto a su vida sentimental, Singul retrata a una persona que de niño se enamoró de Juana Pacheco, con la que se casó, pero de la que se distanció tras salir de la Corte y

conocer mundo. En Roma ya era considerado un gran artista, más que en Madrid, donde todavía era un servidor más de Felipe IV. «Cuando retrata al Papa, vive una pasión desbordada con Marta Motanini, con la que tuvo un hijo, pero tuvo que volver a Madrid y ya no pudo regresar porque el rey no lo dejó, de modo que no pudo volver a ver a Marta ni a su hijo, lo que constituye una pequeña tragedia íntima y el punto más novelesco de la vida del pintor», comenta el autor.

De su ciudad natal, comenta: «En las plazas y calles de Sevilla, en el frescor de sus jardines y en el fulgor de sus más ricos salones, se daba cita una república de hidalgos comunistas, duchos en letras propias y extrañas, recitadores de textos estampados en libros cosidos con hilo flamenco y encuadernados con pergamino y cuero. En este ambiente tan estimulante como confuso comenzó mi formación», dice Singul.

Uno de los capítulos de estas «memorias» se dedica a su amistad con Rubens. «El siempre estubo muy concentrado en triunfar y fue decisivo su encuentro con Rubens, que fue el que le animó a ir a Italia y a que estudiase a los venecianos y conociera tanto lo antiguo como lo contemporáneo. Rubens —añade— fue uno de sus mayores influencias en su vida, porque no sólo era también un gran pintor, sino sobre todo un gran señor y un gran diplomático». Singul cree que cuando Velázquez lo conoció «se sintió un poco disminuido ante aquel gigante que era entonces Rubens».

flexiva y sensitiva, una persona de su tiempo, que conocía bien Sevilla y Madrid y Roma y que supo aprovechar muy bien sus circunstancias y explotar sus talentos».

También dice de él que necesitaba el reconocimiento oficial de su época y que a diferencia de otros artistas como Zurbarán, Alonso Cano o los imagineros, «se centrará en el arte de la aristocracia y de la realeza, a la que pide, al final de su vida, formar parte de la nobleza». «Su arte —añade— era una actividad mental que se alejaba del pensamiento de su tiempo de que pintar era una actividad en la que había que usar más los músculos, con los pinceles, que el intelecto».

Singul recuerda la enorme capacidad que tenía el pintor para captar el alma de los personajes «que demostró siendo joven con el retrato de Sor Jerónima» y que alcanzó una de sus cotas más sublimes en el retrato del Papa Inocencio X, que alberga el pa-

**Artista intelectual**  
 Su biblioteca, de ciencia, arquitectura y perspectiva más que de religión, revela su gran formación

**Amistad y admiración**  
 «Rubens fue el que le animó a salir de la corte y conocer mundo. A su lado se sentía disminuido»